



REDACCION Y ADMINISTRACION,  
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

## SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,  
Victor P. de Landaluz (D. Junipero.)

AÑO 1.º	PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.	HABANA 30 DE OCTUBRE DE 1870.	PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.	NUM. 52.
	UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25—UN AÑO, \$10. Número suelto: 25 Cents.		TRES MESES, \$3.75—SEIS MESES, \$7.—UN AÑO, \$12.75 Número suelto: 30 Cents.	

### SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por JUAN PALOMO.—¡Intrínquis! por JUAN DE AUSTRIA.—Todo un hombre, por JUAN DE LAS VISAS.—Abnegacion y recon. pensa, por JUAN CENTELES.—Bocetos á la pluma, por G. B.—Epístolas á Juan Palomo de Nueva-York, por JOHN BULL; de Puerto Príncipe, por JUAN LANZA.—A la estrella de... Yara, por JUAN ASECAS.—La pillarica, por JUAN SOLDADO.—Cuentos de manigua: La partida de la muerte, por JUAN SIN-TIERRA.—Sartenzos.

CARICATURAS, por DON JUNIPERO.

### MENESTRA SEMANAL.

En el hueco que ha dejado la Junta cubana al irse por escotillon, era preciso colocar algo que sirviese de entretenimiento á los curiosos y tapase el boquete por donde podian escaparse las últimas esperanzas del enteco filibusterismo.

En toda funcion de títeres, cubre los intermedios el payaso con sus dicharachos y gracias trasnochadas: los titiriteros acaban de retirarse del circo, y mientras preparan un nuevo ejercicio, hacen las veces de clowns el *Sun*, el *Herald* y algun otro compañero mártir.

En el vacío dejado por la Junta, aparece un nuevo mamarracho, que estos dos ó tres miembros importantes del cuarto poder del Estado exhiben al público, procurando llamar sobre él la atencion.

Esta nueva sombra de Nino, se llama *la venta de Cuba por España*.

Dicen que ha llegado á Washington un caballero lisongero encargado de esta mision, y dan tales pelos y señales de este individuo, que es muy fácil conocerlo por detrás, como á la dama del *dominó azul*.

Yo no sé cómo se llama, ni pretendo averiguarlo; pero en vista de su escasa talla política y de los proyectos que se le atribuyen, no tengo ningun inconveniente en nombrarlo *El enano de la venta*.

Figúrese V., apreciable lector, que V. y yo nos paramos un día delante de *Las Ninfas*, y no sea V. malicioso tomándolo por donde quema: delante de *Las Ninfas*, tienda donde yo hago que se pare V.

Pues si señor, nos quedamos parados y emprendemos una conversacion animadísima y con todas las trazas de ser muy interesante.

Figúrese V. que el dueño de la tienda, atraído por la curiosidad que despiertan en él nuestro modo de gesticular, sale á la puerta y le pregunta al primer transeunte:

—¿Digame V.: sabe de qué hablan esos dos?

—Nada de particular: el más flaco le está proponiendo al otro la compra de esta tienda con todos sus efectos.

—Canastos!

Figúrese V., apreciable lector, todo lo que

quiere decir ese *Canastos!* arrancado por el asombro.

Esa palabrita, aunque de mimbre, toma un carácter muy fuerte en tales circunstancias, y viene á decir, sobre poco más ó menos:

¡Bribones!

¿Se figuran ustedes que yo soy un bobo que me voy á dejar despojar de lo mio?

¡Canallas! Caballeros de industria! etcétera, etcétera.

Pasada la primera impresion, mi hombre se echaría probablemente los *canastos* á la espalda, diciendo:

—Estan locos! y soltaría la carejada.

Pues un caso idéntico nos ha sucedido á nosotros.

Nos contaron que en la acera de enfrente, como quien dice, habia gente que hablaba de vender la Isla de Cuba, y soltamos el primer *canastos!* en forma de una serie de protestas, alguna de ellas bastante calentita.

Repuestos del primer asombro, la risa retoza en nuestros lábios, y se nos escapa una sonora carejada siempre que oimos hablar de ese asunto.

—Están locos! decimos y esta es ya nuestra única protesta.

Y no crea V., lector apreciable, que la comparacion que acabo de hacer es inexacta; no señor.

En *Las Ninfas* hay desde tisú hasta percalina; y en la actual sociedad de Cuba hay mucho tisú, pero en cambio quedan tambien algunos laborantes, que son la *percalina* del género humano.

Si señor; el *Sun* está enterado hasta del precio que tenemos en factura.

Hace pocos meses valiamos ciento setenta millones de duros, pero hoy hemos desmerecido bastante, no sé si porque las *primeras materias* podrán adquirirse con más economía que ántes, ó porque con el tiempo vamos perdiendo en vista.

¡Oh sí! eso será; porque los empeños de ciertos hombres nos dejan bizcos.

Ahora ya nos venden por ciento treinta millones y si el comprador es un parroquiano conocido, tal vez consiga cerrar el trato por ciento veinte.

Eso sí, ni un real menos, pues todavía estamos de buen ver y no se ha pasado la moda.

Aún se estilan los países ricos en bienes y patriotismo.

Aún se llevan los cuerpos, como dicen los sastres y modistas, con *mangas angostas*, como

los cuerpos del ejército y de voluntarios, que la tienen muy estrecha para todo lo que huele á hojalatería laborante.

Aún prevalecen para los brazos los adornos Remington, que es de lo más ligero que ha podido inventarse hasta ahora.

Aún es muy elegante probar al mundo que cuando se lleva á la cabeza un adorno amarillo y rojo en forma de bandera, no hay medio de que el desaliento cunda, ni el ánimo se abata.

Aún han no caído en desuso las voluntades de acero, ni los corazones generosos.

En fin, estamos completamente de moda y eso es lo que más se paga.

Y porque estamos de moda y en nada se parecen á nosotros, tomamos al *Herald* y al *Sun*, por *cursis*.

Pero aun hay otra cosa que corrobora más y más mi opinion.

Aparte de los miembros de la ex-junta y del gobierno de los Estados-Unidos, se ha presentado un nuevo comprador.

¿Quién dirán ustedes que es?

Pues ni más ni menos que Bismark.

¿Qué pensador tan profundo es el gran canceller prusiano!

—Compro la isla, habrá dicho en su interior, con todos sus desperdicios, y naturalmente, entra Quesada en la venta.— Paris se sostiene porque tiene en su interior mucho ganado, con lo cual no le falta á la gente que comer. Teniendo á Quesada por mio, se quedan los parisienses sin una res, de fijo; y se rinden por hambre. He oido hablar tambien de una *Liga de señoras cuberas*.....! Magnifico! no me faltarán *tacos* para continuar las hostilidades.

Y después de estas reflexiones, Bismark está negociando la compra de Cuba, segun dice el *Sun*, que es muy decidor y está todos los dias como si hubiera almorzado fuerte.

De manera, que aun no debemos perder la esperanza de ser hulanos.

Y de llevar casco.

Algunos conozco que se lo han puesto.

Laborantes hay muy ligeros de *cascos*; en cambio hay otros, como Aldama por ejemplo, que tiene los *cascos* muy duros.

JUAN PALOMO.

### ¡INTRINQUIS!

De un mal hemos caído en otro mal.

De una confianza excesiva hemos pasado á una desconfianza sin limites, que no nos permite respirar casi.

No deja de haber razones que justifican esta actitud de gato que se defiende boca arriba ó de erizo en toda la plenitud de sus facultades, en que nos hemos colocado los que llevamos encañadito en el corazón el sagrado amor de la patria; pues sabido es que se trabaja muy por lo fino en materia de laborantismo; pero bueno es no irse á la exageración con armas y bagajes.

Como están las cosas, pruebe usted á regalarle una onza ó un reloj ó cualquier cosa á una persona y en vez de dar las gracias muy reconocida, como antes sucedía, le mira á V. de arriba á bajo, frunce el entrecejo, cierra los puños y murmura entre dientes:

—Intrínquis! aquí hay intrínquis!

El berrido de Yara nos cogió con las manos en los bolsillos y sin ponernos siquiera unos algodones en los oídos para evitar que nos destrozase la trompa de Eustaquio, y este es el extremo vicioso de la confianza.

Los acontecimientos que hoy puedan ocurrir nos encuentran vestidos de gato montés y en disposición de clavarle las uñas al primero que intente acariciarnos: esta es la desconfianza que hoy domina.

No hay que negarlo: tanto vá el cántaro á la fuente, que al fin se rompe. Tanto vinagre nos han hecho tragar que al fin el sistema nervioso llegó á alterarse y nuestros miembros se han puesto rígidos y en una palabra, estamos muy duros de cocer. Pero la calaguala es un gran atemperante y en pocos días nos han dado un par de tacitas de esa sustancia, que debe ir amenguando las convulsiones y los arrebatos.

¡Diremos también, al ver la calaguala: «intrínquis, aquí hay intrínquis!»

Esas dos tacitas han venido en forma de proclamas una del presidente Ulises Grant y otra de la reina Victoria de Inglaterra.

La primera la conoce todo el mundo, como conoce también sus efectos: que se hayan aflojado los tornillos de la junta cubera y que después de hacer ¡paff! se hayan desparramado todos sus miembros.

La segunda, apenas tiene malicia, manda prender hasta por sospechas á todo el que intente llevar á cabo expediciones ó envío de efectos con destino á súbditos rebeldes de una nación, con quien la Gran Bretaña esté en relaciones amistosas.

¿Me entiendes, querido público? ¿Dirás ahora: intrínquis! aquí hay intrínquis!

Este último documento ha sido publicado por el gobernador de las Bahamas, donde los filibusteros tienen un foco que nos era perjudicial; pues desde Nassau á las costas de Cuba hay mucha facilidad de venir, aún para los que tienen poco dinero y ninguna vergüenza, como les sucede á los insurrectos emigrados y también á los que no han emigrado aún.

Eh? hay intrínquis!

Confesemos que si lo hay nos es beneficioso.

La *dislocación* de la Junta cubera es un golpe fatal para el laborantismo. No hay que negarlo. Ella podrá disfrazarse ahora de *Sociedad de socorros*; pero cuando tiene necesidad de disfrazarse, es prueba de que es de noche y huele á queso.

No me preguntes, público querido, si hay intrínquis, porque voy á contestarte que sí.

Sí; porque el Presidente Grant habrá tenido necesidad de que le hagan ver los desafueros cometidos por esa emigración de gitanos y eso lo hacer ver el que puede; el que está en sitio alto para ver mejor, el que está en mejor situación para hacerse entender, el que lleva la batata en los asuntos, el que debe comprender el *intrínquis* de las cosas.

Y aquí está el intrínquis.

Estamos abocados á un gran acontecimiento: un acontecimiento que es el verdadero *intrínquis* de la máquina política.

Aquí sí que se necesita mucha calaguala y mucha calma.

Ese acontecimiento es, la elección que vamos á hacer de las personas que han de hablar por nosotros y han de hacer comprender á la representación nacional, dónde le aprieta el zapato á esta provincia.

Es indispensable que cada uno se dé un paseito por el interior de su pecho; buscando con una luz en la mano la mejor corazonada y murmurando entre dientes:

—¿Hay intrínquis?

Y sobre todo, tranquilizarse y no dejarse sorprender por los ataques de nervios.

Es preciso que allá, en aquella casa grande, se oigan dos clases de voces: la voz de los peninsulares que aquí han echado raíces, y la voz de los que aquí han nacido á nuestro lado, y á nuestro lado siguen y con nosotros combaten al enemigo.

Si cualquiera de las dos voces se elimina, podrá decir el mundo:

—Intrínquis, aquí hay intrínquis!

No olvides público amigo, que en las columnas de JUAN PALOMO se hizo la primera distinción entre cubanos y cuberos y que JUAN PALOMO no mezclará jamás estas dos razas.

Para ser cubano se necesita no solo que digan ser nuestros amigos, sino que lo prueben hasta la evidencia: y hay algunos que lo han probado.

Y en lo que yo digo no cabe *intrínquis*, por el contrario, aspiro á que nadie tenga derecho á decir:

Aquí hay intrínquis!

JUAN DE AUSTRIA.

### TODO UN HOMBRE

Chico, Miguel, perdona; pero quién te lo había de decir...! Metido tú á persona de viso, de empuje, de meollo, de agallas y de *gobierno*! Vamos, es cosa que lo hace á uno meditar y convencerse de que es muy cierto que en esta máquina complicadísima que se llama la creación, no hay bicho, por insignificante que sea, que no desempeñe algun papel.

Aquí te considerábamos, es cierto, como hombre de dinero; es decir, hombre de *metal*, y por eso no te faltaban amigos, ni amigos, ni saludos, ni cortesías, y tal vez hasta algunas adulaciones, que de ménos nos hizo Dios, y aunque la verdad es que no había por donde aplicártelas, como las pagabas bien, podías hacer algun acopio de ellas; pero de eso, á ver como te pones de puntillas para llegar al oído de los prohombres de un país poderoso, y te contoneas y pisas fuerte y abres la boca y casi..... hasta hablas, hay una diferencia tan notable como la que existe entre el uso á que destinabas tu casa del campo de Marte y el que tiene en la actualidad.

¿Te acuerdas de tu casa? ¿Qué magnífica, eh!

Al construirla, ya presentías tú que estabas destinado á fines muy altos. ¡Oh, sí! altísimos: á tocar el cielo con las manos cada vez que el Presidente Grant abra la boca, y á ver las estrellas un día sí y otro no y el de enmedio, cuando te aplican esos azotes *morales* unos é inmorales los demás.

Bien dicen que nadie es profeta en su país. Aquí cómo es posible que te tomáramos por profeta! ni mucho ménos. Estábamos acostumbrados á verte gastar rumbo con el dinero que ganó tu padre: un español, por más señas, de esos que ahora te dan tanta rabia, y te ponen pícaros! en el caso de hacerte la ilusión de que tienes mal génio; que al cabo y al fin, bueno ó malo ya es tener génio.

Seguro estoy de que si tú hubieses llegado á comprender que el dinero aquel, que no habías tenido necesidad de ganar, era de origen español, positivamente renunciabas á las pompas mundanas y te dedicabas á vivir en la indigencia. Te conozco yo; y sé de lo que eres capaz; suponiendo, y es mucho suponer, que seas capaz de algo bueno ó malo.

Vamos, si es cosa de asombrarse! Tengo el convencimiento de que tú mismo, al ver la firma tuya al pié de un documento, larguito sí, pero malo, te figuras que es un sueño y que tú no eres tú, y que aquel manifiesto no es manifiesto y que lo que tú has entendido, no lo has entendido, y en esto aciertas.

Cuando dices en el escrito aquello de: *esta ha sido la línea de conducta que el que suscribe y la Junta de su presidencia han observado*, te pones capaz de enternecer á cualquiera. ¿Pero, chico, tú sabes lo que es *línea*?

¡Quién te diría que alguna vez habías de llegar á creerte aludido por todo un Ulises Grant, presidente de la gran nación americana!

¿Cómo podías tú creer que al hablar un hombre de estado, de la existencia de cuerpos que *asumen facultades de gobierno*, tendrías que pedir la palabra (dop que tienes casi necesidad de pedir) para una alusión personal!

*Cuerpos que asumen*; si dijera cuerpos que se *rezuman*, hablaba de tí positivamente, porque tu cuerpo es *rezumable*, pero como además alude á cuerpos con *facultades*, me hace creer que no tienes tú nada que ver en este negocio. ¡Cómo es posible que yo me convenza de que tienes *facultades*!

Tu alma tiene *facultades*, es muy cierto, pero son las facultades que tiene toda alma de cántaro; *rezumarse*, y aquí viene otra vez lo de antes, y hacerse tiestos en un dos por tres.

Nó; lo que es habilidad hay que convenir en que demuestra mucha el tal documento!

Aquello de que, al hablar Grant de personas que han promovido expediciones militares, no puede referirse á tí, porque tú al mandarlas lo has hecho de modo, y con disimulo tan grande que no infringian las leyes del país, vale un imperio.

Es un caso igual á este otro.

Mañana un hombre cualquiera hace una muerte; la ley le echa el guante y le impone un castigo muy duro.

—No señor, dirá el prisionero; yo no he faltado: tenga usted en cuenta, señora ley, que para cometer el asesinato me disfracé, y además, no le dije á la víctima lo que trataba de hacer, sino por el contrario, le hice creer que le iba á comprar dulces.

—Pues tiene razón, exclamará la ley; ¡torpe de mí, que no había caído en ello!

Sí, Miguel, tu descubrimiento vá á ser causa de una reforma trascendental en la legislación.

Aún espero ver en una portada, lo siguiente: *Libro de las partidas..... serranas, reformadas por Miguelillo*.

Pero también te diré que eres demasiado susceptible. Cuando el Presidente Grant dice que hay *personas mal intencionadas que, pretendiendo tener poderes gubernativos, recogen dinero con el objeto ó el supuesto objeto de organizar expediciones*, no se refiere á tí en lo más mínimo, y tú lo has tomado por donde quema.

¿Cómo ha de pensar Don Ulises que tú puedas tener intenciones?

A los toros marrajos se les supone una segunda intención; pero tú ni la primera, hombre, ni la primera!

Un poquito cruel está el Presidente en eso del *supuesto objeto*; pero no vá contigo la cosa: eso reza más bien con alguno de tus compinches, ó mejor, con uno que se declaró tu rival y tu antagonista.

Ya sabe Grant que tú no *recoges*, sino *siembras*; los que recogen son los que andan á tu alrededor.

En fin, Miguel, asombrado me tiene la gran posición que has conquistado. No es nada lo del ojo! Presidente dimisionario de la disuelta Junta, de la quimérica revolución, de la ilusoria república de un país que no existe.

¡Qué carrera tan bonita!

Y si ahora te vés, como dicen, desde el Norte al Sur, entonces sí que es carrera!

JUAN DE LAS VIÑAS.

### ABNEGACION Y RECOMPENSA.

JUAN PALOMO debería hoy empezar disculpándose de una tardanza, que si en otros no sería notable, en él, que cuenta muchos y buenos amigos que visten el honroso uniforme del marino español, parece que no tiene perdonar.

Esa tardanza consiste en haber dejado trascurrir algunas semanas sin desplegar sus labios para tributar un apláuso de aprobación y afecto á los que han concebido la idea de consagrar una *Corona poética* á la Excm. Sra. D<sup>a</sup> Manuela Matheu de Malcampo, por uno de esos hechos, que como asegura mi amigo Pepe Triay, «ocupará una de las más bellas páginas de la vida de quien le llevó á cabo.»

Pero, tanto mejor, como dijo el otro, pues lo que es bueno y noble y digno no pierde nunca su oportunidad y en cualquier tiempo que se dé á conocer, merecerá el apláuso de todos.

Tiene por objeto principal, exclusivo, la *Corona poética* que forma hoy el tema de este artículo, una buena acción de la digna esposa del general Malcampo, que explicaría yo extensamente, si no lo hicieran con verdadera elocuencia los versos que á reproducir voy.

El gran San Pablo, apóstol de las gentes,

Nos dice en una epístola divina:

«Que aun cuando nos juzguemos competentes

Al poseer la celestial doctrina

Y el don de lenguas que inundó á torrentes,

De ciencia divina, la Palestina.....  
El mundo todo; si á la par no amamos  
La santa caridad, nada alcanzamos.»

Eso dice el Sr. D. Federico Ristori para presentarnos la virtud más hermosa que halla albergue en humanos pechos, y agrega D. José Baimonde y Ortega:

Por eso Dios ha tegido  
Corona de eterna gloria  
Para la mujer que ha sido  
Consuelo del desvalido  
Por su caridad notoria.

Pero aunque la caridad es modesta, y como el arroyo que serpea misteriosamente por impenetrable bosque, fecundizando la tierra de sus orillas y haciendo que en ellas crezcan lozanas flores, le basta con esa «corona de eterna gloria» que teje Dios, los que sienten en su pecho la pura é inextinguible llama de la admiración hácia todo lo que es noble y grande, saben ensalzar las buenas acciones, y si han merecido el favor de las Musas, encomian en dulces trovas esas acciones.

De ahí que diga el Sr. D. Antonio María Jurado:

Frases no tiene la elocuencia mía  
Ni sonidos el lírico instrumento,  
Ni cantos la sublime poesía,  
Que puedan expresar el pensamiento  
Que á vos, señora, mi respeto envía.

Mas ¿cuál ha sido ese inmenso dolor esa aflicción y amargura calmadas por la que es objeto de tales cantos? Oigamos al Sr. D. Rafael de Aragon, que nos lo dirá:

Tú escuchaste piadosa  
La historia de una madre desdichada;  
La tea de la guerra desastrosa  
Sus campos consumiera y su morada:  
Todos la abandonaron,  
Y de llorar sus ojos se secaron.

Mecianse arrogantes  
En las del puerto transparentes olas,  
Con torvo aspecto y formas elegantes,  
Las belicosas naves españolas:  
Sus flancos horadados  
De cañones mortíferos armados.

A esas naves quisiste  
Las lágrimas llevar de la indigencia,  
Y, humilde peregrina, recorriste  
Tu piadosa jornada.....

Y los pechos de acero  
De aquellos esforzados adalides,  
Y el rudo corazón del marinero,  
Templado en las tormentas y en las lides,  
Latieron conmovidos;  
Que piedad y valor van siempre unidos

La pobre madre en tanto,  
Su pena en esperanza convirtiendo,  
De dicha y gratitud el dulce llanto  
Derramaba, tu nombre bendiciendo;  
Y aquel llanto purísimo

Subió en incienso al trono del Altísimo.

¿Qué más? Dicho está en esos versos, llenos de inspiración y sentimiento, cuanto en humilde prosa hubiera yo podido expresar. Quien de ese modo ejerce la caridad, quien con hidalga abnegación acude de puerta en puerta pidiendo para una desventurada mujer, ¿qué ménos podía llevar que el aplauso del poeta, nacido para cantar las virtudes y enaltecer las joyas del alma? De ahí que el malogrado Sr. D. Luis Regalado, desde el lecho del dolor en que yacía postrado y desde donde abandonó este mundo exclame:

Há tiempo que mi laud  
No osa lanzar un sonido;  
Que lo condenó al olvido  
Mi quebrantada salud.  
Pero hoy que santa virtud  
Sus rotas cuerdas conmueve,  
Perdonadme si se atreve,  
Señora, mi torpe mano  
A pulsarlas, y que ufano  
Mi canto hasta vos eleve.

De ahí que mi antiguo compañero D. José E. Triay, haya dicho:

Yo no he cantado en mi lira  
Ni el poder ni la grandeza,  
Porque es solo la belleza  
Del alma la que me inspira.  
Esa belleza que en vos,  
Para bien del que os implora,  
A poner llegó, señora,  
La santa mano de Dios.

Y que tantos otros hayan cantado con no ménos entusiasmo, con idéntica inspiración. Todos han estado acordes en aplaudir ese rasgo noble, y seguirlos á todos sería obra imposible para mí que tengo hoy que ser parco. Todos han deseado eterna felicidad á la Excm. Sra. D<sup>a</sup> Manuela Mathen de Malcampo, todos han enaltecido sus virtudes, pero pocos quizás habrán tocado

como D. Rafael de Medina, con cuyos versos voy á dar cima á mi trabajo, su corazón de madre. La habla de sus hijos, nacida una en las poéticas riberas de mi querida Andalucía y otro en la bulliciosa Habana, y dice:

Y pues comprendéis, señora,  
De España el dolor inmenso,  
Vos, cuyos hijos nacidos  
En Cuba y España fueron,  
Guiad sus almas, y el día  
En que, al español esfuerzo,  
Brote la oliva de paz  
De en medio el marcial estruendo,  
Sean esos tiernos niños,  
Que ora á nuestro lado veo,  
Emblema de España y Cuba  
Unidas en lazo estrecho.

JUAN CENTELLAS.

BOCETOS A LA PLUMA.

EMILIO GIRARDIN.

Hé aquí un personaje universal, que siempre está de moda, porque su actividad le obliga á no permanecer ocioso un solo instante.

Y como su pasión es la celebridad, todos sus actos son ruidosos.

Girardin es hijo natural de un general del imperio, y su infancia y la primera parte de su juventud las pasó en el campo, devorando la desesperación que le causaba su origen, tanto mayor, cuanto más se desarrollaba en su alma la ambición que siempre le ha dominado.

El poder ha sido en todo tiempo su ideal. En 1831 comenzó á hacer antecelas á Casimiro Perier para pedirle una sub-prefectura.

—¿Qué títulos alega? preguntó el célebre ministro.  
—El haber creado tres periódicos: *Le Valeur*, *La Mode* y el *Garde National*.

—Pues que cree el cuarto, respondió Perier, que no tenía gran afición á los escritores.

Girardin fundó *Le Journal des Connaissances utiles*.

A fuerza de perseverancia y de audacia logró ser diputado, fundó *La Presse* y se hizo rico; todo esto en poco tiempo.

Ansioso de poder, solicitó la Dirección de correos, que en Francia es uno de los puestos más importantes.

Luis Felipe se la negó, y todo el mundo sabe el papel que representó Girardin en 1848 y algún tiempo después. Su táctica es conocida; sirve á los gobiernos, les pide un alto cargo, se lo niegan y los combate.

Cansado de esta lucha, de diez en diez años anuncia que se retira á la vida privada y lo hace; pero pasan dos meses, no puede estarse quieto y reaparece en el palenque.

Sus idas y venidas se anuncian, se comentan, y esto le consuela.

—Cuando tanto se ocupan de mí, algo debo valer, se dice.

Y se lo cree.

Girardin es un escritor incansable: comparado con él, parecería fresco y crudo el Tostado.

Habla y escribe de todo y pretende ser la Enciclopedia en persona.

Su propósito al escribir es asombrar á los lectores, y lo consigue, porque al tratar de cualquiera cuestión se descarta de lo que le molesta, hacina los argumentos favorables, prueba que dos y dos son cuatro lo cual no es muy difícil y acaba por parecer el hombre más lógico del mundo.

Por el camino que sigue llega muchas veces al absurdo; pero al llegar, exclama «Hé aquí la verdad!»

Se las echa de liberal, y en la cuestión de Polonia defiende á Rusia. Cada día se despierta con una nueva idea.

Esta es su monomanía.

Con todo su talento periodístico, que debe ser grande cuando le creen el primer sneltista quizás de este siglo, Mr. Girardin no ha podido conseguir reputación de hombre de gobierno, y nunca llegará á ocupar el puesto que ambiciona.

En cuanto á su estilo, dice lo que quiere decir; pero también tiene sus muletillas.

Como el sin par Corradi en España, posee un almacén de frases hechas, sabe algunos latinajos, y con esta literatura de bulto hace ruido.

«¡Oh, páz! ¡oh guerra! exclama. El bajo imperio se reproduce: la humanidad sufre el suplicio de Tántalo; se arrastra bajo el peso de la roca de Sísifo; el lecho de Procasto le aguarda; le amenaza la espada de Damocles.....&.&»

Este es Girardin.

Si fuera posible que al final de cada párrafo hubiera un poco de música..... la ilusión sería completa y el publicista podría decir á sus lectores como el ciego que enseña el Mundo nuevo:

—Ahora van Vds. á ver, señores, la descomunal batalla que voy á reñir con la república francesa... La paz es la prosperidad, la riqueza la gloria..... Los pueblos que luchan son bárbaros..... Cambiad el fusil aguja por la azada, y hareis que dé pasos gigantescos la civilización.

¡Ande la música!  
Por lo demás, Emilio de Girardin es todo un caballero, y tiene talento, y es polemista terrible.

Se casó con una mujer de superior inteligencia; quedó viudo, y ha vuelto á casarse con una mujer de mucho dinero.

Es avaro ó generoso, según el predominio de su instinto ó de su cálculo.

Los negocios son también su elemento.

Crear periódicos y venderlos; comprar casas de campo y traspasarlas; edificar palacios y deshacerse de ellos: hé aquí sus más gratas ocupaciones.

La ostentación del lujo le embriaga.

Todo esto lo hace para satisfacer su pasión de figurar, de dar asunto á las conversaciones.

Los periódicos anuncian sus salidas y sus llegadas, sus cambios de domicilio, las cuentas de sus propiedades, que le afirman más y más en su creencia de que es un gran hombre.

Ya saben mis lectores que últimamente se ha convertido en autor dramático, y que con sus obras ha metido mucho ruido.

Los silbidos le han confirmado en su creencia.

—Tengo enemigos, ¡uego soy decididamente un gran hombre!

El que no se consuela, sobre todo desde que hay filosofía en el mundo, es porque no quiere.

Ahora desearán ustedes un retrato de Emilio Girardin, hélo aquí:

Estatura pequeña, más bien gordo que flaco, con todo el aspecto de un hombre vulgar que vive de sus rentas; cara ovalada y siempre como la de un fraile motilon; ojos ántes muy vivos, ahora muy apagados y siempre entre vidrieras (gasta anteojos); cabeza calva con algunos cabellos grises y cortos á manera de cerquillo.

Este es el hombre; pero si le veis por detrás, la elegancia de su traje, lo erguido de su cuerpo, lo airoso de su continente, os harán creer que vais detrás de un jóven.

Pasa sin embargo de los 60 años, lo que no quita para que vista con elegancia.

Los cuellos de camisas y las corbatas que usa son de última moda.

Al cabo de los años y de los desengaños, ha llegado Girardin á convencerse que no será nunca más de lo que es y muchas veces se lamenta de esto.

A pesar de sus lamentaciones y de los actos de su vida, no inspira ni amistad ni odio, esto es lo que él más siente.

En cambio inspira á todo el mundo curiosidad, y esto es seguramente lo que más deplora.

En la agitada vida de Girardin se cuentan tres duelos.

En el primero salió herido: en el segundo tiró el sable y dió cumplidas satisfacciones á su adversario en el campo mismo: el adversario era su hermano. A pesar de tener los dos una misma sangre y ser hijos de una misma madre, no se conocían por la diversidad de su origen.

En aquellos momentos supremos se desvaneció el misterio.

En el tercer desafío Girardin tuvo la desgracia de matar á Carrel, el popular tribuno.

Esta muerte ha estendido una sombra tristísima sobre la vida de Girardin, y desde entónces no ha vuelto á tener duelos.

Un día llamó regicida al escritor Bergeron. Este fué al teatro donde entónces el director de *La Presse* se hallaba con su mujer, la hermosa é inspirada Delfina Gay, entró á mitad de la representación en el vecino palco, que estaba desocupado, y llamando la atención del público por un grito, descargó sobre Girardin una terrible bofetada. Girardin se levantó indiferente de su asiento, se fué á la mitad del palco, fuera del alcance de su adversario, y se sentó como si nada hubiese sucedido, viendo la función, hasta el final. Al día siguiente se querelló ante los tribunales.

En el actual conflicto franco-prusiano tenía por fuerza que sonar el nombre de Girardin, y sonó efectivamente de una manera extraña y altisonante.

No bien se declaró la guerra, Girardin dijo en su periódico con sobra de jactancia que los prusianos serian arrojados á culatazos de la frontera y llevados hasta más allá de Berlin.

Poco después anunció su salida para el teatro de la guerra, donde habia de fundar un periódico titulado *La Victoria*.

No le valdrá ciertamente su artículo la fama de profeta.

Caido el imperio y proclamada la república, ha vuelto á sonar el nombre del gran periodista en una carta que pone el sello á su carácter y que por lo tanto debe quedar consignada aquí para terminar su semblanza.

El *Siglo* criticó la salida ó retirada de Paris de Mr. E. Girardin. El antiguo director de *La Liberté* ha dirigido al periódico republicano la siguiente carta:

«Limoges, 13 de Setiembre.

Sr. director de *El Siglo*:

Muy Sr. mio: Un día, no lejano, mostrará quién de los dos ha sido más útil, si V. dentro ó yo fuera de Paris.

Sin fraternidad, *E. de Girardin*.»

Ecce homo!

G. B.

\* \*

—Cuatro hulanos han cogido una población completa; murmuraba en la manigua anteayer Pancho Aguilera. ¡Cuatro! pues vaya una hazaña. Yo solo, y según las cuentas, he cogido ya más *turcas* que puede haber en la tierra.

\* \*

La reina de Inglaterra ha enviado un cocinero á Napoleón.

¿Será para que lo guise?

Tal vez S. M. B. tendrá deseos de comer emperador cesante en pepitoria.



La disolucion de la Junta Cubana.

Litog. e Imp. del Comercio, Obispo 87.



JUAN PALOMO participa á sus suscritores que entre tantas tumbas recién cerradas se vá á alzar rozagante y famoso con el número próximo un vástago de su estirpe.

# Ayuntamiento de Madrid

## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 20 DE OCTUBRE.

Las torres que desprecio al aire fueron,  
A su gran pisadumbre se rindieron.  
Riña.

¡La Junta se ha disuelto!

No sé si esta noticia debo dártela con la sonrisa en los  
lábios ó con lágrimas en los ojos.

No sé si vale un pláceme ó un pésame.

Por lo que á mí toca, puedo decirte que la disolución  
de la Junta es una pérdida sensible, que dejará un vacío  
irreemplazable en el laboratorio de la emigración.

¿Cómo te arreglarías, JUAN PALOMO, para hacer tus  
guisos, si te hallaras desprovisto de sal y de canela?

Pues la Junta, que era para Miguelillo un *cuero con-*  
*sultivo*, es decir, una Enciclopedia, era para mí la caja de  
especies que me abastecía de sal, de pimienta, de canela,  
de clavos, de mostaza y nuez moscada para dar sazón  
á mis epístolas.

Ahora no me queda más *salero* que doña Emilia; y de  
la *Revolucion* y el *Demócrata*, que son las vinageras, el  
aceite y vinagre del laborantismo, es probable que la  
primera siga la suerte de la Junta.

¡Pobre Junta! quién había de decirlo!

La venida del otoño la ha llevado al sepulcro, como  
se lleva á los tísicos y á las hojas de los árboles.

Tan fuerte ayer y tan lozana, derramando vida por  
todos sus poros, bonos por todas sus rendijas, expedicio-  
nes por todas sus extremidades, y hoy caída y por el  
suelo como el imperio francés, disuelta como panal en  
agua, disipada como el humo!

¿Qué le queda de su grandeza?

Nada más que el desengaño.

La Junta se creyó fuerte, rica, omnipotente, invulne-  
rable, sin pensar que hasta

«Las enseñanzas grecianas, las banderas  
del senado y romana monarquía  
murieron y pasaron sus carreras!»

Mas:

«dejemos á los troyanos,  
que sus males no los vimos  
ni sus glorias:  
dejemos á los romanos,  
aunque oímos y leímos  
sus historias:  
no curemos de saber  
lo de aquel siglo pasado  
qué fué de ello:  
vengamos á lo de ayer  
que también es olvidado  
como aquello.»

En efecto, la Junta y sus miembros están hacinados  
en los escombros del pasado.

¿Quién la ha derribado; qué mano atlética ha descar-  
gado el tremebundo golpe que la aplastara?

El Presidente Grant.

¿De qué maza titánica, de qué clava hercúlea, de qué  
ariete colosal, de qué porra gigantesca se ha valido pa-  
ra aniquilar á tan terrible monstruo?

De una proclama.

Este fué el aguzado leño con que el intrépido *Ulises*  
S. Grant ha dado la muerte al *Poliferno* Aldama, el cual

«Las manos echa al leño dando voces,  
y de los huesos con furor lo saca,  
crece el rigor con ansias tan atroces  
que le vimos morder la fiera estaca:  
acudieron los cíclopes feroces,  
porque en toda la noche no se aplaca:  
y todos á la puerta en que se *juntan*  
la causa de las voces le preguntan.»

—¿Qué ha de ser! les dice airado  
de furor rugiendo Aldama;  
que *Ulises* nos ha aplastado  
con su maldita proclama.

Y haciéndole un guiño á Mestre, le dijo al oído:

—¿Qué magnífica ocasión para hacer el petate, alzar-  
nos con el santo y la limosna, apagar la luz y largarnos  
con la música á otra parte!

—Sí, pero el bien parecer... ¿qué dirán?

—Y qué se me dá á mí! Nada, nada: con un *manifiesto*  
se arregla todo.

Y manifiesto al canto.

«Laborantes: *considerando* que les hemos sacado á us-  
tedes todo lo que hemos podido y que no tienen usted-  
des nada más que poderles sacar;

«*Considerando*, que por la misma razón, nos han vuelto  
la espalda los simpatizadores de esta tierra, y que nada  
tenemos que esperar del Gobierno ni del Congreso;

«*Considerando*, que el Presidente nos ata de manos y  
nos saca á puntapiés;

«*Considerando*, que lo de Cuba no está mejor que lo de  
aquí, y que aquello va á acabar como el rosario de la  
Aurora;

«*Considerando*, que la emigración se vá pareciendo á la  
manigua, y

«*Considerando* que en Méjico, en Nueva Granada y en  
Venezuela hay todavía algunos tontos que tienen fé en  
la insurrección y algun capitalillo que explotar;

«*Resuelto* que la Junta Central de Nueva-York queda  
disuelta, deshecha, desatada, desunida, pulverizada, des-  
membrada, mutilada, destripada, despachurrada, derre-  
tida, disipada, desparramada, desvanecida, liquidada,  
evaporada, abolida, derogada, anulada, sobreseida, der-  
rocada, trastornada, demolida, derribada, destruida,  
arruinada, hundida, aterrada, soterrada, enterrada, su-  
mergida, aplastada, muerta, difunta, anonadada, aniqui-  
lada ó lo que se quiera; pero que sus miembros se tras-  
ladarán á las repúblicas hispano-americanas para seguir  
desvalijando al prójimo en nombre de la mambisería»

—¿Qué tal? le preguntó Aldama á Mestre después de  
darle á leer el manifiesto.

—Ya que me haces la pregunta del oso bailarín, voy  
á darte la respuesta de la mona: muy mal!

—¿Por qué?

—Pero, hombre, esto es enseñar las bragas.

—¿Qué diablos! si todo se lo llevó patetá.

—No importa: mientras hay vida, hay esperanza. Este  
manifiesto nos cerraría todas las puertas y ventanas  
por donde pudiesen penetrar los *dorados* rayos del sol.

—A propósito de *sol*: valiente ingrato ha estado el  
*Sun* que ni siquiera nos ha dedicado una lágrima.

—Cria cuervos.....! Pero volviendo al manifiesto, dé-  
jalo para mí, que yo sé cómo se hacen estas cosas.

Y Mestre se puso á redactar el manifiesto que conoces,  
y que firmó Aldama sin leerlo.

Se reduce á decir:

«El Presidente Grant ha publicado una proclama con-  
tra los que han violado las leyes de neutralidad. Nosot-  
ros no las hemos violado, la proclama no nos menciona;  
*ergo* se refiere á nosotros. Nosotros no hemos violado  
las leyes de neutralidad; pero seguiremos violándolas  
siempre que podamos. En consecuencia, se disuelve la  
Junta.»

Su órgano, es decir, la *Revolucion*, suena todavía, por-  
que no se le ha acabado el viento; pero si la Junta pien-  
sa efectivamente irse con la *música* á otra parte, es natu-  
ral que se lleve el *órgano*.

Y entonces.....

«Todo desapareció: cambió la suerte  
voces alegres en silencio mudo»

JOHN BULL.

PUERTO-PRINCIPE, 25 DE OCTUBRE.

PALOMO mío: ¿quieres decirme, por tu vida, en dónde  
están los *mambises*? Lo que es por aquí, no hay uno ni  
para un remedio, ó si los hay, han tomado la *prudente*  
determinación de no asomar las narices, no ya á nuestros  
veteranos, sino aún á las pequeñas contraguerrillas que  
un día y otro salen al campo, bien por *reses* ó bien  
para cazar á esos conejos. Yo creo que aquí hay gato  
encerrado, y que el día ménos pensado se nos van á  
meter por las puertas los *setenta mil* de Quesada, armados  
con los fusiles de la *Euterpe*, *Britania*, *Salvador*, *Gua-*  
*nahaní* y otros que han cumplido tan bien como ellos,  
el encargo de los Camarones de aguende y allende.

Supongo que ya te habrás puesto á los *pinreles* de la  
respetable Carmita Loinaz de Quesada, y de Concha y  
Caridad, que son respectivamente, madre y hermanas  
del Chato Benamejí de estas maniguas, (a) Manuel Que-  
sada, Ladrón-de-Vacas. ¿No las recuerdas, viviendo en  
la plaza de San Francisco, tan frescotas y tan hermosotas?  
Pues ahí verás, PALOMO mío, lo que son las cosas:  
la D<sup>a</sup> Carmen perdió de sus ojos la luz, porque la luz de  
sus ojos se metió á libertador, y son tantas las almas  
que por su orden se ven libres de sus cuerpos, que debe  
haberse formado un nuevo purgatorio, por ser estrecho  
el que ya había, aunque yo creo que de tanto maldecir  
á su ilustre libertador, las han trasladado definitivamente  
al infierno. ¿Qué episodios sé de buena tinta del tal D.  
Manolito! Uno de ellos es la muerte alevosa y miserable  
que por su orden, y á su presencia, le dió un negro de  
su servidumbre al capitán Troyano, á quien asesinó en  
el momento de darle un tabaco. Esta era la seña conve-  
nida con el asesino ejecutor. ¿Y por qué? Porque Troyano,  
hecho prisionero de guerra cuando no le quedó una  
cápsula en su revólver ni un soldado á quien mandar,  
no quiso ser traidor á nuestra bandera, prestándose al  
adiestramiento de su malvada gente. ¿Qué te parece? en  
cambio, ahí está su *mamita*; que diga como la hemos tra-  
tado: en algo se ha de diferenciar el hombre civilizado  
del salvaje, el español del renegado.

A propósito; aquí hay una prójima á quien tú conoces,  
que los ha estado comiendo á dos carrillos, aunque

ahora no los come sino de un lado, pero que ni aun me-  
rece que se acuerden de ella. La tal damisela, viuda de  
un capitán español, ántes de estos sucesos, cobraba el  
monte pio que le correspondía en paz y en gracia de  
Dios. Viene este belén, y se fué á la manigua detrás de  
los muchachos. Allí se casó *civilmente* ó *maniguísticamen-*  
*te*, con un mambi Armas, dentista de esta ciudad, y ho-  
meópata por añadidura. Pues señor, me cojen al mambi  
nuestras tropas y me lo escabechan. Entónces ella se  
nos encaja en este pueblo muy fresca, muy enlutada,  
muy mambisa, y escandalosamente descocada, no ha-  
blando sino de los triunfos y civilidad mambises, y sol-  
tando de vez en cuando su lagrimita por el esposo  
mambi. Que fuera viuda de nuestro compatriota, lo com-  
prendo; que cobrara el monte-pio ó el monte-negro ó  
hasta el monte-blanco, lo comprendo también; que se  
fuera á la manigua con los *muchachos* algo me cuesta,  
pero vamos; que se casara allí con un enemigo de la  
nación que dió un hijo de quien oyó las más cariñosas  
frases y de quien fué amada mientras vivió, también lo  
comprendo, toda vez que es mambisa; que aquí chillara  
y gritara y nos llenase de improperios y hasta nos ofen-  
diera con su desfachatez insultante, lo comprendo tam-  
bien, por ser mambisa; pero lo que no comprendo, es  
que se le siga abonando ese *monte-pio* ó *oscuro*, toda vez  
que al casarse con el Armas, perdió todo su derecho.  
¿Pero—me dirás—cómo se prueba que ha sido casada?  
Ay! PALOMO, PALOMO, PALOMO, otras cosas más difíciles  
y ocultas se descubren; con que así, dí á Don Quien  
Paga, que si este señor se toma interés, no le ha de cos-  
tar mucho trabajo.

Al fin Puerto Príncipe tendrá su Casino Español, co-  
mo todas las ciudades de la Isla. Al fin tendremos una  
sociedad de buenos, en donde poder manifestar nuestro  
patriotismo, y dar pruebas sociales de nuestra lealtad.  
Su primer sócio ha sido el General Caro, quien le presta  
á esa sociedad todo su valioso apoyo. Anteayer fué la  
primera Junta preparatoria, en la que se nombró la Direc-  
tiva provisional que ha de redactar el Reglamento y so-  
meterlo á la primera Junta general, para su aprobación  
y nombramiento de la Directiva propietaria: los gorrion-  
cillos se van animando con el fresco, las gorrionas lu-  
cen sus plumajes nuevos, y ya puedes calcular si resul-  
tarán *nidos* y *nidos* y *nidos* de aquí.

Adios, PALOMO de mis entretelas, hasta otra; por hoy  
concluyo diciéndote: hay novedades, amigo JUANITO,  
hay novedades.

Tuyo hasta las quimbambas.

JUAN LANUZA.

## A LA ESTRELLA DE..... YABA.

¡Ay, estrella, tu luz bella  
con mala estrella lució!  
Cuida mucho, estrella, de ella,  
ántes que *estrelle* su estrella  
la estrella que te eclipsó.  
En tí, estrella, su esperanza  
funda el mísero mambi,  
por eso á luchar se lanza;  
mas cuando el *gorrion* le alcanza,  
reniega, estrella, de tí.  
Que al ver del sol español  
la luz, la estrella más bella  
palidece á su crisol,  
y huye, y se oculta la estrella  
para dejar paso al sol.  
Yo, estrella, el afán alabo  
con que quisiste brillar;  
mas ten presente, que al cabo  
el mambi se ha de asustar  
cuando te descubra el *rabo*.  
Que estrella que tanto inquieta  
á quien presta su fulgor,  
nadie la ama ni respeta,  
porque al causar tal dolor,  
en vez de estrella, es..... *cometa*.  
Y pues la superstición  
juza del cometa mal,  
no es raro que, en su aprensión,  
tema el mambi, con razón,  
ver un eclipse total.  
Que la estrella que su huella  
marca con desdichas cien,  
y sangre y horror destella,  
no es estrella, y si es estrella,  
es la estrella de un *belén*.  
Belén dó á *estrellarse* irán  
las nécias aspiraciones  
de los que en *Belén* están,  
al armar con tal afán  
*belenes* ó insurrecciones.  
Pues si fiado en su *estrella*,  
se lanzó al campo el mambi,  
siguiendo su clara huella,  
hoy que se estrella con ella,  
reniega, estrella, de tí.  
Y al ver su estrella fatal,  
con razón, cuando reniega,  
te llama estrella del mal,  
y ya tu luz no le ciega,  
porque es luz..... *artificial*.  
¡Ay, estrella, tu luz bella  
con mala estrella lució!  
Cuida mucho, estrella, de ella,  
ántes que *estrelle* su estrella  
la estrella que te *aplastó*.  
Y pues tantas desventuras  
pasastes en este suelo,

si ser más feliz procuras,  
vuélvete, estrellita, al cielo,  
aunque el mambí quede á oscuras.

JUAN ASECAS.

Habana, Octubre, 1870.

LA PILARICA.

Lector, si no eres aragonés, ni acaso has pisado las orillas del Ebro ó del Gállego, no por eso dejarás de saber la fervorosa devoción que por la *Virgen del Pilar* tienen los hijos de la comarca española comprendida en las provincias de Zaragoza, Huesca y Teruel.

Así en sus dichas como en sus adversidades, así en su tierra como en lejanos países, el corazón de todo aragonés rebosa en acendrado cariño hácia su excelsa patrona y el nombre solo de la *Pilarica*, es suficiente para levantar el ánimo atribulado por la desgracia ó excitar hasta la locura el entusiasmo pátrio que preside en sus alegrías.

El grandioso templo dedicado en Zaragoza al culto de Nuestra Señora del Pilar, la inmensa riqueza de sus alhajas, debidas en su mayor parte á la devoción de los aragoneses y hasta el pilar ó columna de piedra que sostiene á la Virgen, desgastado por los besos que en él imprimen cuantos visitan aquel sagrado recinto, todo publica el amor de los hijos de Aragon á su santísima madre, todo respira fervor por la inmaculada imagen.

Celosos son todos los pueblos cristianos por el enaltecimiento del santo que veneran como patrono; grande es la devoción de los catalanes por la Virgen de Monserrate, de los asturianos por la de Covadonga, de los valencianos por San Vicente y otros que respectivamente adoran el santo ó santa de su vocación, pero al extremo que llegan los aragoneses por su Virgen del Pilar, dicho sea sin ofender la susceptibilidad religiosa de ninguno, no creemos que alcancen, ni dentro ni fuera de su propio país.

Y no solo son los aragoneses los que rinden culto é invocan la protección de la santísima Virgen, bajo el nombre del Pilar; los españoles todos conocen su milagrosa imagen y le dedican fervoroso respeto, en el que entra por mucha parte el sentimiento de nacionalidad. Verídicos cronistas y distinguidos oradores sagrados, han consignado en sus libros y en la cátedra del Espíritu Santo la milagrosa protección que en todos los tiempos ha concedido al pueblo aragonés, y ocioso fuera repetirlos en este lugar, ya que tan conocida es aquella y á no dudarlo con más detalles que los que caben en reducido artículo.

El objeto de este no es otro que el de apuntar á grandes rasgos las festividades con que han celebrado este año los naturales de Aragon, la conmemoración de la *Pilarica*.

Después de las religiosas de que ya dimos cuenta á su tiempo y que de año en año van ganando en lucimiento, tuvo efecto la comida que de costumbre dan con este motivo el domingo siguiente al día de su patrona; en el vecino pueblo de Marianao, ya que por obstáculos bien conocidos, no pudo tener lugar en la Chorrera, como anteriormente ha venido sucediendo.

Los primeros que se trasladaron al lugar del *Pocito*, ántes del medio día, tuvieron la feliz ocurrencia de esperar en aquel paradero la llegada de los trenes sucesivos, para recibir á los demás concurrentes, armados de guitarras y hierros y con el pañuelo á la cabeza, como distintivo, al uso de su país, entonando la alegre jota que inflamó los corazones á los sitiados de Zaragoza cuando la guerra del francés; á las cuatro y media, eran como sesenta los partícipes en esta fiesta y bueno será que advertamos, que si todos no eran aragoneses, los pocos de otras provincias que tomaban parte en aquel regocijo, lo debían á la delicada atención de los festejantes que de antemano los convidáran.

La comida, aunque preparada y dispuesta para servirse en el patio del Hotel Bilbao, tuvo lugar, á causa de la lluvia, en el Teatro, á eso de las cinco de la tarde, hora en que comenzó. Todos los platos que en ella se sirvieron, condimentados al estilo de Aragon, los vinos, puramente españoles, y los postres, de frutas, si no peninsulares, de las familias de aquellas, como melocotones, peras, uvas y melon, constituyeron un banquete tan nacional, y sobre todo, tan aragonés, que hubo momentos en que nos creímos trasladados á la tierra de los *pijorros*, máxime cuando empezó la descarga de brindis alusivos al festejo y recordatorios de los usos, costumbres, historia, y glorias de la patria de los Lanuzas.

Concluida que fué, y en medio de la más entusiasta alegría, inició el Sr. Campillo, digno hijo de Zaragoza y amante de las glorias de su país, una notable idea que fué acogida con aplausos de anfitriones y convidados: tal fué la de promover una suscripción con objeto de adquirir una imagen de la Virgen del Pilar, para las fiestas de los años venideros, y no bien la hubo emitido, cuando los donativos para tan preciosa adquisición ascendieron á cuatrocientos sesenta y dos escudos, cantidad, que si no es suficiente á llenar completamente los deseos de los devotos de la *Pilarica*, que aspiran á una cosa grande y digna de la representación que ha de tener, es bastante alzada para formar la base de la recolección á que acudirán con su óbolo cuantos les inspire el amor á Nuestra Santa Madre.

La fiesta, aunque humedecida en su conclusión por el lloro de las nubes, tuvo fin con un gran *pius café* tomado en el establecimiento conocido por Wasington, en la Habana, cerca de las once de la noche.

Cerraremos este artículo diciendo, que la animación es grande para las fiestas del año próximo, y que con la debida anticipación se tomarán las medidas para su mayor lucimiento.

Así lo creemos, pues no dudamos de que los aragoneses son capaces de echar la casa por la ventana en tratándose de festejar á su patrona la *Pilarica*.

JUAN SOLDADO.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO TERCERO.

LA PARTIDA DE LA MUERTE.

XIII.

Al reconocer á Ramon Losada, vimos á Alejo Alcántara correr á la puerta de la sala y echar el cerrojo. ¿Temerá que se escapara el insurrecto cuando él mismo se presentaba en casa de Luciano Godoy? ¿Querría cortar la comunicación para que nadie penetrara allí, comprometiendo seriamente la vida del joven temerario?—Acaso no se explicó Alejo lo que hacía; pero fuera miedo ó precaución, obró muy cuerdamente; y así debieron comprenderlo Godoy y Losada, que no se opusieron á aquel acto, ni siquiera protestaron de medida tan violenta con un simple movimiento de ojos.

Luciano, sin conocer en el primer momento la importancia de aquella visita, sin dar crédito á la verdad, creyó que la fascinación de sus sentidos continuaba, y que aquel hombre era uno de los muchos fantasmas que le habían atormentado durante su pesadilla de la noche, por eso no encontró palabras que dirigir al recién llegado; pero Alcántara sabía que estaba muy despierto, y aunque no comprendía el motivo misterioso de semejante presentación, no ponía en duda que aquel era el rebelde á quien dos noches ántes había dejado escapar, proporcionando á su jefe un conflicto de funestas consecuencias. Asegurando á Losada, devolvía á su amigo su honra amenazada, y se salvaba él mismo del peligro que iba á correr delatando su falta.

El furtivo del ingenio tenía retratadas en el rostro la tranquilidad del justo y la confianza de una resolución irrevocable; leyendo en los semblantes de los jefes de *La partida de muerte* la sorpresa natural de su inesperada visita, dijo con la calma de los estoicos y contrayendo ligeramente sus labios con una dulce sonrisa:

—Yo soy Ramon Losada.  
—¿Está V. seguro de que es el mismo Ramon Losada? preguntó Alejo, mirándole cara á cara con cierta desfachatez.  
—¡Esa duda es bien extraña!  
—La presentación de V. lo es también; y como en el campo enemigo parece que tienen copias exactas de los originales, acaso nos envían la de Losada para engañarnos; pero vivimos avisados.  
—¿Lo dice V. por el cadáver del comandante enterrado al pié de una cruz de madera?  
—Cabalmente.  
—Ese es un misterio que no me explico, repuso Ramon encogiéndose de hombros; un misterio que ha podido costarme un disgusto con mi general, que me llamó visionario porque le aseguré que Godoy estaba vivo, á pesar de haberlo él mismo hecho enterrar á su presencia, después de la acción del Potrerillo.  
La cara de Luciano se contrajo tan visiblemente, que Alcántara varió de conversación, temiendo que el rebelde interpretara mal el efecto de su revelación.  
—¿Quiere V. explicarme el motivo de esta visita, que tan espuesta considero?  
—Debo á V., señor Alcántara, mi gratitud por haber sido el agente indirecto de mi libertad.  
—¿Indirecto?... ¿Canastos!... ¿A qué llama V. entonces agente indirecto?  
—He venido á ver al comandante de *La partida de la muerte* y solo á él comunicaré mis intenciones. Así, pues, suplico á V. que nos deje solos algunos momentos.  
—No haré tal disparate, caballero; mi amistad me impone el deber de vigilar á V. y de cuidar la persona del comandante.  
—¿Teme V. alguna asechanza de un hombre que se

entrega á discreción, de un hombre que reconoce los deberes de la gratitud?

—De nuestros enemigos lo temo todo.  
—Hace V. mal; y para tranquilizar su espíritu, ahí vá la única arma que llevo encima.

Y al decir esto, entregó á Alejo su *revólver*.  
—No estrañe V. que vivamos prevenidos, observó éste recogiendo el arma.

Luciano había vuelto en sí, y agarrando por la mano á su amigo, lo acompañó hasta la puerta de la sala, diciéndole:

—Déjanos solos.  
—¿Has meditado bien el peligro de una emboscada? preguntó Alejo en voz muy baja.

—Déjanos solos, repitió Godoy, empujando á aquel suavemente.

La puerta de la sala volvió á cerrarse detrás de Alcántara, y el cerrojo avisó que los dos jóvenes podían hablar sin testigos.

Ramon Losada, sin esperar que el comandante le invitara, tomó asiento; y Godoy le imitó, quedando uno enfrente de otro, mirándose fijamente, sin que ninguno de los dos demostrara el menor recelo de que podían hacerse traición. Eran dos almas superiores.

—¿Te crees seguro en esta casa? preguntó Luciano presentando su petaca á Ramon, que con la mayor tranquilidad aceptó un tabaco.

—El peligro que pudiera ofrecerme esta visita ya lo había previsto, por más que nada tengo que temer en la casa de Luciano Godoy.

—¿Ignoras que esta casa se ha convertido en cárcel y que tú mismo te pones la cadena?

—A eso vine, contestó el joven con la mayor calma, encendiendo el tabaco.

—¿A entregarte?

—Vengo á pagar una deuda de gratitud.

—¿En mi casa?

—Justamente, puesto que, casa ó cárcel, habita aquí mi salvador.

—No entiendo el verdadero sentido de la última palabra.

—¿Parece imposible, señor Godoy!

—En otro tiempo me llamabas Luciano solamente.

—Ese tiempo ha pasado; entonces, estábamos ligados por el más íntimo de los afectos; una barrera nos separó, y hoy nos hemos ligado de nuevo por el más santo de los afectos.

—¿Cuál es?

—Ya lo dije ántes: el de la gratitud.

—¿Estás en un error! exclamó el comandante, levantándose sobresaltado; ¡error que mi conciencia me obliga á desvanecer!

—Serían inútiles tus esfuerzos para convencerme de lo contrario; caí prisionero, y recobré la libertad en una época en que semejante fortuna parece un milagro; pero hoy no se conocen los milagros.

—Y sin embargo, una mano desconocida protegió tu existencia, sin que para nada me mezclara en esa determinación, tan opuesta á mis deberes de soldado.

—Conozco la influencia de esa mano generosa, interrumpió Ramon sonriéndose; las mujeres hacen olvidar hasta el imperio del honor.

—¿Eso no es cierto! ¡Repito que estás en un error que necesito desvanecer!

—Acaso ántes de cerrar los ojos para siempre, pida cuentas á Valentina de su favor; en el campo de batalla hubiera muerto con honra, y aquí me aguarda la muerte de los traidores.

—¿Valentina reina en mi corazón, pero no en mi conciencia! exclamó Luciano con exaltación. Vuélvete al campo de donde te ha traído un impulso temerario, porque nada me debes; y harto hago con no entregarte á mis carceleros para reconquistar la libertad que perdí por tu falsa creencia.

—No lames á tus carceleros, porque yo, más generoso que tú, he venido á ponerme en sus manos y á abrir esa puerta que cerré, puesto que por mi culpa te encuentras preso.

—Me defenderé para rehabilitarme, probando que no tuve parte en la evasión del prisionero.

—El pueblo sabe que ese prisionero es hermano de Valentina Losada, y el pueblo nunca se equivoca; además, sé que el segundo de *La partida de la muerte* es el brazo íntimo de su comandante; y áquel no me hubiera devuelto la libertad perdida sin una orden secreta de su jefe, sin una connivencia criminal con su amigo.

Aquellas palabras nublaron la fisonomía de Luciano, pues convenciéndose de la importancia del servicio que Alejo le había hecho, obligado por el gran afecto que le profesaba, comprendió el peligro que aquel correría en el momento que Ramon confesara lo ocurrido; éste adivinó la alteración, y aprovechándose de ella, dijo:

—Es inútil que te atormentes el cerebro buscando un medio de salvar tu compromiso. Cuando llegó al cuartel general de Cavada, donde me encontraba anoche, la noticia de que estabas preso y amenazado por haberme dado la libertad, formé el propósito de romper tu cadena; y aquí me tienes. Era un deber de la gratitud, que obliga á las almas nobles, y ya te has convencido de que no vacilé; aquí estoy, y nada ni nadie me hará variar de resolución; pero no temas por tu honor; ese secreto es el lazo que nos une, y al entregarme indefenso á las iras del pueblo, no saldrá de mis labios ni una queja, ni una acusación; al contrario, aseguraré que pude escaparme, sin que ni un solo individuo de *La partida de la muerte* tuviera conocimiento de mi fuga. ¿Quiéres más de mí? Sé que tu conciencia de buen soldado te obliga á negarme la verdad; pero sé también que obro como leal; y estoy satisfecho.

Una conducta tan noble, tan poco comun, hirió el al-

ma de Luciano Godoy, que contempló con asombro, con admiración, á aquel hombre extraordinario. El nombre de Valentina vagó por sus lábios, zumbó en sus oídos, y temblando ante la situación en que se había colocado el hermano de su amada, con acento de profunda emoción, dijo:

—¿Qué has hecho, Ramon?

—Cumplir con la exigencia de mi alma. Fuiste grande conmigo, y mi orgullo me obliga á no ser menos grande que tú. Aquí me tienes.

—¿Y si algún día te convences de que te engañas?

—No por eso me arrepentiría del paso que doy.

En aquel momento sonó un golpe en la puerta de la sala y se oyó la voz de Alejo; los dos jóvenes se miraron con cierto estupor, y sin explicarse el motivo de su impresión; comprendiendo que corrían un peligro mútuo, se arrojaron el uno en brazos del otro, comprimiéndose fuertemente.

Un nuevo golpe en la puerta los hizo volver en sí, y viendo que Luciano vacilaba, corrió Losada á abrirla. Alcántara asomó la cabeza en la sala, exclamando con sobresalto:

—¿El comandante general!

—¿Entra, Alejo! dijo Luciano.

El joven obedeció, y al ver la alteración de la fisonomía de su amigo, le preguntó, mirando á Losada:

—¿Qué ha pasado aquí?

—¡Nada! ¡Es preciso salvar á Ramon!

—¿Otra vez! ¡Estás loco?

—Silencio! Llévalo al desvan y guarda la puerta.

¡Con tu cabeza me respondes de él!

Alejo cogió de la mano á Losada, y salieron de la habitación un minuto ántes que penetrara en ella el comandante general.

Luciano Godoy recibió á la autoridad de Cienfuegos con el rostro sereno, sin delatar la profunda emoción de que estaba poseído.—Ese es el privilegio del valor.

JUAN SIN TIERRA.

(Continuará)

### SARTENAZOS.

Los indecentes..... digo, los incidentes del *meeting* celebrado en Irving Hall por los escapados cuberos para celebrar el aniversario del aquel berrido, famoso, son por demás interesantes y amenos.

Jordan dijo, que si los laborantes estaban allí y no en Cuba, era porque el gobierno americano no les dejaba salir, y que él por su parte, sentía no estar en Cuba en lugar de estar en Nueva York, y en esto si que mintió descaradamente el general Jordan. ¡Lo siente, pero no puede llorar!

Comparó á los bandidos de Yara con los puritanos que en Boston se rebelaron contra Inglaterra, y se hizo pasar á sí mismo por un moderno Lafayette.

Eh?

El general Mac-Mahon, entre otras cosas, dijo: «que ningún país del universo ha producido héroes como los de Cuba libre».....

Tantos son, que sin duda se han averiado por no tener salida.

¿Has recobrado el aliento, público amigo? Pues sigamos.

La concurrencia empezó á pedir á gritos que saliese á hablar uno de esos héroes.

«Salga usted que le quieren ver.....»

y entonces subió al tablado el general Ryan.

Este dijo lo mismo que había dicho al llegar de Cuba, lo que dijo en Saratoga, lo que dijo en Rochester, lo que ha dicho siempre que ha tenido que hablar de *Cubita libre*. Ni siquiera tuvo necesidad de leer su discurso; ya lo sabe de memoria.

En lo mejor (?) de su peroración se detuvo y dijo que veía en la sala á cuatro espías españoles.

Aquí se armó una confusión de mil demonios de á caballo.

Muchos huyeron de..... valor, por supuesto.

No podía terminar la farsa sin un desenlace ridículo.

Un francés, M. Petit, demostró grande ansiedad por encontrar un Lafayette americano que fuese á Cuba á hacer lo que el célebre general francés fué á hacer á los Estados Unidos.

Algunos presentes le dijeron que ya se habían encontrado, nó uno, sino media docena.

El impertérrito francés preguntó donde estaban, que él desearía verlos.

A esa salida de tono contestaron unos con aplausos, otros con risas, otros con silbidos y alaridos y casi todos los americanos se fueron como aquel perro; con la cabeza baja y el rabo entre piernas.

El presidente viendo que aquello tomaba mal cariz y

presagiaba un mal acabamiento, cogió una banderita insurrecta y propuso tres *vivas* á la república cubera.

¡Insensatos! ¿cómo quieren que viva si ha abortado?

\* \*

El Sr. D. Gil Gelpí, antiguo director de *La Prensa*, ha tenido la amabilidad de obsequiar á JUAN PALOMO con un ejemplar de la obra en dos tomos que ha dado á luz recientemente, con el título *Estudios sobre la América*.

Sin tiempo hoy para examinar ese libro con el detenimiento que requiere, y aquilatar debidamente su mérito, aplazamos el juicio que nos merezca para otro día, y anticipamos á su autor las gracias por su deferencia.

\* \*

Y vaya de publicaciones.

*Diccionario ó manual para el uso del papel sellado* se titula un libro de 94 páginas, cuyo autor, el Sr. D. Antonio Vazquez Queipo, nos ha obsequiado también con un ejemplar.

La materia es árdua, y eso sentado, claro está que su adquisición ha de ser importante.

\* \*

Tarde ó temprano todas las trampas se descubren.

Un corresponsal que en Santiago de Cuba tiene *La Revolucion*, ha sorprendido un ardid que hasta ahora manejábamos con feliz éxito.

Dice el corresponsal que para contentar á los pueblos y hacerles creer que de la Península nos mandan tropa, se vistén de nuevo, en Nuevitas supongamos, 400 soldados, con los trajes que acostumbra á traer de Ultramar, así disfrazados se envían á Santiago de Cuba, donde entran diciendo que acaban de llegar de España. Desde Cuba van unos cuantos á Manzanillo y así sucesivamente.

Está visto ¡con gente tan lista no hay ardid que valga. No señor! todos nos los descubren.

¡Este corresponsal hará fortuna. Si señor! va á dar golpe.

¡Pero que golpe!

\* \*

Jordan ha escrito una carta al *Tribune* en la cual dice que cuando el general Puello emprendió la campaña el día de Navidad, solo tenía él diez cargas.

No son muchas: para diez viajes, devolviendo el envase.

\* \*

### PLACER.

Las flores perfuman la verde pradera,  
Las brisas fugaces les roban su olor,  
Las nubes destilan brillante rocío,  
Mas vivos fulguran los rayos del sol.  
Las mansas corrientes alegres murmuran,  
Ensayan las aves sus trinos de amor,  
Montañas de espuma levantan las olas,  
El céfiro cruza los campos velóz,  
El cielo se viste de púrpura y perla,  
Los árboles forman acorde rumor,  
Emprenden su vuelo las albas palomas  
Y saltan los peces que el mar engendró.  
Mas bella que nunca natura aparece,  
Y forman concierto que embriaga de amor  
El cielo, las aguas, los mares, las hojas,  
Las aves, las flores, las nubes, el sol.  
Se alejan los duelos y cesan las penas,  
Ufano respira quien ántes gimió,  
Y plega la muerte sus fúnebres alas,  
Embota la guerra su dardo feróz.  
Resuenan los ecos de gratas orquestas,  
De régios festines atruena el rumor,  
Las cítaras pulsán los bardos gozostos,  
De salvas robustas percíbese el son.  
Ondinas hermosas, flotantes nereidas  
Y sílfides bellas, venid á danzar!  
Fantásticas diosas, poéticas magas,  
En círculo vago corred y bailad!  
Los siglos pasados jamás registraron  
Tan fáusto suceso, ventura mayor:  
La historia lo guarde con letras de oro,  
Al orbe conmueva la rara emoción.  
Cantemos gozosos y estátuas alcemos,  
Mil vítores demos de gloria y honor.  
Naciones y pueblos, oid y alegraos.  
¡La gata de casa tres gatos parió!

ANTONIO E. DE ZAFRA.

\* \*

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Douvres, 6 de Setiembre de 1870.

Isabel á Luis.

Rebid mi sincero pésame. El Dios de los ejércitos se ha portado en Sedan como se portó en Alcolea. Resignación y santas pascuas. Después de todo, nosotros podremos haber sacrificado dos naciones, pero..... vivimos y triunfamos. Os recomiendo la seguridad del Banco de Londres.—*Isabel de Borbon.*

P. D. Dígame Vd. dónde piensa educar al niño para enviar el mio, porque á los dos se les acabó el oficio de príncipe.

Hassen-Cassell, 7.

Luis á Isabel.

Je vous remercie, Madame, de la part que vous prenez á ma douleur. C'est une malheur! mais.... pas pour nous. Méfiez vous éternellement de toute providence autre que celle de l'argent. Mes compliments très distingués á Mr. Marfori. Mon fils se trouve malade á Namur, mais, je vous prie de tout mon cœur, de ne pas faire pour lui aucune prière, car, en ce cas, sa mort será certaine.—*L. Napoleon.*

Roma, 7.

Alle Maestáte (senza maestá) Luigi Napoleone Buonaparte ed Elisabetha di Borbone. (Dove si troveranno.)

Carissime in Cristo. Questo é finito! (Oggi stesso prendo la strata-ferrata. Saró presto in Malta. Di lá vi scriberó sopra la instabilitá delle cose. Congiunte alle mie benedizioni vi rimetto qualche bulle á mezzo prezzo.—*Pio.*

Madrid 8.—Teatro de los Bufos.

A LUIS, ISABEL Y PIO (dónde se hallen.)

Os contrato.—Fijad las condiciones.—*Arderius.*

Por la copia,

GIL BLAS.

\* \*

### EPITAFIO.

Por dos hulanos velado,  
yace en esta tumba muda  
un imperio desdichado,  
que aún hay un hombre que duda  
si está muerto ó desmayado.

Aquí descansa un mambí  
que en correr halló placer,  
y si siente estar aquí  
es por no poder correr.

De un emperador augusto  
yace el poder soberano  
en la lanza de un hulano.  
Digo; sería robusto!

Grita, «España reina aquí!»  
de este cadáver delante:  
si hace el muerto es laborante  
si sale huyendo es mambí.

Yace aquí el mambí Lotario,  
que tras de mucho correr  
dejó su razon de ser  
al mirar á un voluntario.

Aquí yace D<sup>a</sup> Emilia,  
de banderas bordadora:  
cubita libre la llora  
como única en su familia.

Una suegra con su yerno  
duermen aquí, en esta fosa,  
unidos, el sueño eterno.  
.....  
¿Han muerto? Eso es otra cosa.

Un tomo de JUAN PALOMO  
falleció; ¡quién lo dijera!  
y fué su oración postrera:  
«Me lo guiso y me lo como.»  
Caminante, si en el mundo  
quieres llegar á buen puerto,  
compra un ejemplar del *muerto*  
y suscríbete al SEGUNDO.

IMPRENTA MILITAR, RICLA 40.



# INDICE

DE LAS

DIFERENTES MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO PRIMERO

DE

## JUAN PALOMO.

### Número 1.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un poquito de anexion, por Juan Sin-Miedo.—La Ninfa del Camagüey, por Juan Sin-Tierra.—La muerte de la libertad, por Juan el Perdio.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Nueva-Orleans, por Juan y Medio; de París, por Eusebio Blasco.—Mal de soledad, por Francisco Camprodon.—Un presidente malogrado, por Juan de las Viñas.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 2.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un poquito de anexion, por Juan Sin-Miedo.—¡Por una octava! por Juan Soldado.—La Golondrina, por Juan el Perdio.—Fábrica de noticias, por Juan de las Viñas.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Veracruz, por Juan Baladrán.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 3.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un congreso de soberanos, por Juan de las Viñas.—El canal de Suez (carta 2ª), por Eusebio Blasco.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Quesada con su ejército, por Juan Soldado.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanuza.—Me los como, letrilla, por Juan el Perdio.—Sartenazos.—Avisos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 4.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Se dice, por Juan Sin-Miedo.—Cria cuervos, por Juan de las Viñas.—Memorias de un mambi, por Juan Soldado.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull.—El canal de Suez (cartas 3ª y 4ª), por Eusebio Blasco.—La patria y la amistad, por José María Ruiseco.—Sartenazos.—Charadas.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 5.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Hablemos un rato, por Juan de las Viñas.—Fuerzas navales españolas en las Antillas, por Juan Tenorio.—Ya están aquí, por Juan el Perdio.—La tumba de Pelayo, por Nicolás Castor de Cervera.—Un Chorro de noticias, por Juan Lanuza.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull.—El canal de Suez (cartas 5ª, 6ª, 7ª y 8ª), por Eusebio Blasco.—A mi patria, por Juana la Pálida.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 6.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—La ley del incendio, por Juan Sin-Miedo.—Carta á los Voluntarios del Segundo Batallón, por Juan Palomo.—Covadonga en la Habana, por Juan de las Viñas.—Los asturianos de Matanzas á los cazadores de Covadonga, poesía en bable.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarrá.—El canal de Suez (cartas 9, 10 y 11), por Eusebio Blasco.—A los Voluntarios asturianos, por S. Martínez.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 7.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Lleven gorrones, por Juan Soldado.—Catecismo mambi, por Juan de Juanes.—JUAN PALOMO á los Voluntarios montañeses, poesía.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull.—El canal de Suez (carta 12), por Eusebio Blasco.—A los Voluntarios catalanes, por Juan Lanuza.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 8.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Programa, por Juan de las Viñas.—La Noche Buena en el campamento, por Juan el Perdio.—Villancicos, por Juan de Austria.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarrá.—El canal de Suez (cartas 13 y 14), por Eusebio Blasco.—Los inocentes non-santos, por Juan Diente.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 9.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Necrología del año de 1869, por Juan de Austria.—Juicio del año 1870, por Juan Sin-Miedo.—Escenas de Año Nuevo, por Juan Tenorio.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull.—El canal de Suez (carta 15), por Eusebio Blasco.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—El Sr. So-timba, por Juan de las Viñas.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 10.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Necrología del año de 1869 (continuación), por Juan de Austria.—El canal de Suez (cartas 16, 17 y 18), por Eusebio Blasco.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarrá; de Consolacion del Sur, por Juan del Sur.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Cantares, por R. de Medina.—El pan nuestro de cada día (sonetos), por Manuel del Palacio.—Las tres hermanas, por Juan de las Viñas.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 11.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Necrología del año 1869 (continuación), por Juan de Austria.—Las cañoneras, por Juan Tenorio.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—El pan nuestro de cada día (sonetos), por Manuel del Palacio.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Puerto-Príncipe, por Juan Soldado.—El canal de Suez (carta 18), por Eusebio Blasco.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 12.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Necrología del año 1869 (continuación), por Juan de Austria.—Nobleza obliga, por Juan de Ariza.—Teodoro Guerrero, por Juan Palomo.—Los lazos de la patria, por Teodoro Guerrero.—El canal de Suez (cartas 19, 20 y 21), por Eusebio Blasco.—Epigramas, por Juan Chicote y E. G. Ladevese.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarrá; de Consolacion, por Juan del Sur; de Güines, por El otro Juan.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—El pan nuestro de cada día (sonetos), por Manuel del Palacio.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 13.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Necrología del año 1869 (continuación), por Juan de Austria.—Nuestro Almanaque, por Juan Palomo.—¡Yo no tuve la culpa! por Juan el Perdio.—Carta de un mambi del campo, á un mambi de la ciudad, por Juan Soldado.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull.—Ellas y ellos, por Juan Carranza.—El Pan nuestro de cada día (sonetos), por Manuel del Palacio.—A Teodoro Guerrero, por Manuel Eulate.—Sartenazos.—Geroglífico.—Advertencias.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 14.

TEXTO.—Gonzalo Castañón, apuntes para su biografía, por Teodoro Guerrero.—Carta póstuma de Gonzalo Castañón.—En la tumba de Castañón, por Francisco Camprodon.—Los hijos de la patria, por José E. Triay.—Un mártir de la patria, por Juan Ortega Gironés.—Gonzalo Castañón (en el cementerio), por Saturnino Martínez.—Cabos negros.—Muerte y apoteosis de Castañón, por Bienvenido Cano.—Ilustraciones.—Asesinato y entierro de Castañón, por Landaluce.—Retrato de Castañón, por Gomez.

### Número 15.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Necrología del año 1869 (continuación), por Juan de Austria.—Castelar, la muerte y el matrimonio, por Teodoro Guerrero.—La Ninfa del Camagüey (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarrá; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanuza.—Exposición del Casino de la Habana.—En la muerte de Gonzalo Castañón, por G. N. V.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 16.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Necrología del año 1869 (continuación), por Juan de Austria.—La

gía del año 1869 (continuación), por Juan de Austria.—La onza y el billete de banco, por Juan Tenorio.—La Ninfa del Camagüey (conclusion), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarrá.—Romance de ciego, por Juan Ortega.—¡Me caso! por Juan Soldado.—¡Rataplan! por Juan el Perdio.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 17.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Los carlistas pintados por ellos mismos, por Juan de las Viñas.—¿De qué se disfrazará? por Juan el Perdio.—Dulcamarismo literario en Cuba, por José Moreno de Fuentes.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanuza.—Una purga, por Juan Sin-Tierra.—Bibliografía, por Juan Tenorio.—El balandro y la cañonera, por Juan Sin-Miedo.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 18.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El hombre de la insurrección, por Juan el Perdio.—De ambos sexos, por Juan de Austria.—Charla teatral, por Juan Lanuza.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull.—Fábulas, por Juan Sin-Miedo.—La sangre y la tradición, por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Geroglífico.—Anuncio.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 19.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—¡Pulvis eris! por Juan de las Viñas.—Un soltero en subasta, por Juan Sin-Miedo.—Epístolas á "Juan Palomo" de Veracruz, por Juan Baladrán; de Barcelona, por Serafi Pitarrá.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 20.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—¡Agua vá! por Juan de las Viñas.—Contra caretas, voluntarios, por Juan el Perdio.—El libro de la patria, por Benito Perez Galdós.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull.—Sermon, por Juan Soldado.—La fea, letrilla, por Juan Sin-Miedo.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Geroglífico.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 21.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Desventuras, por Juan de las Viñas.—Segundo Sermon, por Juan Soldado.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarrá.—El recluta y el insurrecto, fábula, por Juan Sin-Miedo.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 22.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El gallo desplumado, por Juan Sin-Miedo.—Carta de Manolito Gázquez á Manolito Quesada, por Juan de las Viñas.—El bello ideal, por Juan el Perdio.—La escuela de las costumbres, por Luis de Eguilaz.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por John Bull; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanuza.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 23.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Positivismo, por M. Ramos Carrion.—Sembianza del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast, por Juan Palomo.—Sermon tercero, por Juan Soldado.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Madrid, por Eusebio Blasco; de Nueva-York, por John Bull; de Veracruz, por Juan Baladrán; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanuza; de Barcelona, por Serafi Pitarrá.—La justicia humana, fábula, por Juan Sin-Miedo.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

### Número 24.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El ama de cría, por Juan de las Viñas.—Sátira, por Ventura Ruiz Aguilera.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por

John Bull; de Veracruz, por Juan Balandrán; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanás.—Otra conquista, por Juan Tenorio.—Sartenazos.—Anuncios.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 25.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El ama de llaves, por Juan de las Viñas.—La insurrección cuevana, comedia, por Juan Soldado.—Historia natural, por Juan el Perdió.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Madrid, por Eusebio Blasco; de Nueva York, por John Bull.—El tambor, eco nacional, por Juan el Perdió.—Nada, por Juan de Austria.—Sartenazos.—Geroglífico.—Advertencias.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 26.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El ama de huéspedes, por Juan de las Viñas.—Para el corazón, por Juan de Juanes.—D. Antimonio Engorda y Quisicosa, por Juan Soldado.—A caza de marido, por Federico Baralt.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Veracruz, por Juan Balandrán; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanás.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Cantares, por R. de Medina.—Sartenazos.—Advertencia.—Anuncio.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 27.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El ama de cura, por Juan de las Viñas.—El libertador de patrias, por Juan el Perdió.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanás; de Barcelona, por Serafi Pitarra.—Cañonazo y tente tieso.—Sartenazos.—Advertencias.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 28.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Las casas de préstamos, por Juan Perez.—Las dos teas, por Juan de Austria.—Las dos palabritas, por Juan de las Viñas.—Ya llegó la hora, por Juan Palomo.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanás.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Anuncio del Almanaque.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 29.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El comandante Montaner, por Juan de Austria.—El bodeguero de la esquina, por Juan Perez.—Canto obligado, por Juan Sin-Miedo.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco y Carlos Frontaura.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Anuncio.—Caricaturas, por D. Junípero.—Retrato de Montaner, por Cisneros.

#### Numero 30.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Otro berri-rido, por Juan de las Viñas.—Escena de una comedia inédita, por Luis de Eguitaz.—El poeta de alquiler, por Juan Perez.—¿A mí, qué me cuenta usted? por Juan el Perdió.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarra; de Veracruz, por Juan de Valde.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Dos gangas.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 31.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El caballo blanco, por Juan el Perdió.—El maletín de Bembeta, por Juan Lanás.—Un cubano y un cubano, por Un buen Juan.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarra; de Puerto-Rico, por Juanito.—La político-manía, por Juan Perez.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 32.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—La mambisa, por Juan el Perdió.—Carta á D. Miguel Aldama, por Juan de las Viñas.—"Laboremus!" por Juan de Austria.—Viviendas en comandita, por Juan Perez.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanás.—Sueño profético, por Juan Dandolo.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Advertencia.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 33.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El sueño de un mambí, por Juan el Perdió.—Las Amazonas, por Juan de las Viñas.—El usurero, por Juan Perez.—Respuesta de Miguel Aldama, por Juan Perez.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull.—Gramática parda y filosofía ídem, por Juan de la Encina.—Los cordales, por Juan Dandolo.—La sangre y la tradición (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Advertencia.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 34.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Obséquios, por Juan de las Viñas.—Atención, noble auditorio, por Juan

el Perdió.—Sota, caballo y rey, por Juan Perez.—En la velda de San Juan, por Juan Chicote.—El garbanzo negro, por Juan Lanás.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Rico, por Juanito.—Dos San Juanes, por Juan Soldado.—En mis días, por Juan Tenorio.—Y vá de Juanes, por John Bull.—Brindis.—Felicitaciones.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 35.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Obras son amores, por Juan de Austria.—La insurrección cuevana, por Juan Soldado.—Los novios de reja, por Juan Dandolo.—La sangre y la tradición (conclusión), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Veracruz, por Juan Balandrán; de Santa Cruz, por Juan José; de Barcelona, por Serafi Pitarra.—Sartenazos.—Advertencias.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 36.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—La campaña de los cien días, por Juan Lanás.—Los tres trapezios, por Juan de Austria.—El soldado español, por Juan el Perdió.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Puerto Rico, por Juanito.—Presente, mi general, por Juan Palomo.—Sartenazos.—Ilustraciones.—Portada y retrato del General Caballero de Rodas, por Gomez.—Caricaturas, por D. Junípero.—La insurrección en Cuba, por W.

#### Numero 37.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—El señor de Capa-Rota, por Juan de Austria.—Carta al príncipe de Hohenzollern, por Juan de las Viñas.—Emociones fuertes, por Juan Perez.—La insurrección cuevana, por Juan Soldado.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Santa Cruz del Sur, por Juan José; de Barcelona, por Serafi Pitarra.—Justicia, por Juan Dandolo.—Canto de un gastrónomo, por Juan Rosquete.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 38.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Fuerzas emociones, por Juan Perez.—Los caprichos de papá, por Juan de las Viñas.—Galería artística, por Julio de Ovena.—Carta de un mambí del campo á un mambí de la ciudad, por Juan Soldado.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Veracruz, por Juan de Valde.—La insurrección cuevana, por Juan Soldado.—Un drama horroroso! por Juan Tenorio.—Sartenazos.—Advertencia.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 39.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un viaje submarino.... hasta cierto punto, por Juan de las Viñas.—Semblanza del conde de Bismark, por G. B.—Dicen.... por Juan el Perdió.—Reglamento para la batallona tiradoras de la manigua, por Juan Soldado.—Cantares, por R. de Medina.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Rico, por Juanito.—Historia extemporánea, por Juan Dandolo.—La partida de la muerte (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Los dos compadres, por Juan Perez.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 40.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un viaje submarino.... hasta cierto punto (continuación), por Juan de las Viñas.—Luis Napoleón, por G. B.—La partida ne la muerte (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarra; de Puerto-Rico, por Juanito.—Antonio Fernandez, por Juan Soldado.—El Maruga, Juan Dandolo.—Sartenazos.—Advertencia.—Caricaturas, por D. Junípero.—Retratos del príncipe Leopoldo, y Fernandez Garcia, por Cisneros.

#### Numero 41.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un viaje submarino.... hasta cierto punto (continuación), por Juan de las Viñas.—Neutralidad, por Juan Perez.—Semblanza del príncipe Hole-Hole, por Juan de Austria.—Un fuerte y una torre, por Juan Lanás.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull.—El sol y una nariz, por Juan Dandolo.—La partida de la muerte (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Anuncios.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 42.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un viaje submarino.... hasta cierto punto (continuación), por Juan de las Viñas.—Prestidigitación política, por El Internacional.—D. Francisco Camprdon, por Vérguez.—Epístola fumable que á JUAN PALOMO dirige Juan Soldado.—Por tí, por Juan Perez.—Carta de Puerto-Príncipe, por Juan Lanás.—La partida de la muerte (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Exordios, por Juan Dandolo.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.—Alegoría á la muerte de Camprdon, por Cisneros.

#### Numero 43.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un viaje submarino.... hasta cierto punto (continuación), por Juan de las Viñas.—Garrotazo y tente tieso, por Juan Perez.—La madre sin ventura, por Francisco Camprdon.—La partida de

la muerte (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Barcelona, por S. Pitarra; de Cárdenas, por Juan de Alfarache.—Semblanza del rey de Prusia, por G. B.—Al General Caballero de Rodas [soneto], por P. A. de Alarcon.—Sartenazos.—Ilustraciones.—Caricaturas, por Don Junípero.—Retratos de los jefes de voluntarios del interior de la Isla, por Cisneros.

#### Numero 44.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Buena vá la danza, por Juan Perez.—El quidam, por Juan Dandolo.—La partida de la muerte (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Veracruz, por Juan Balandrán; de Pto. Príncipe, por Juan Lanás; de Cárdenas, por Juan de Alfarache; de Pto. Rico, por Juanito.—Proverbios en acción, por Juan Soldado.—Filosofía gnómica, por John Bull.—Sartenazos.—Caricaturas, por Don Junípero.

#### Numero 45.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un viaje submarino... [continuación], por Juan de las Viñas.—Se acabó la guerra, por Juan Sin-Miedo.—Las fiestas de Covadonga, por Juan Lanás.—El amor en los periódicos, por Juan Cualquiera.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Pto. Rico, por Juanito.—La partida de la muerte [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Advertencia.—Caricaturas, por Don Junípero.—Lámina sobre la fiesta de Covadonga, por Cisneros.

#### Numero 46.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Pasatiempos, por Juan Dandolo.—Pues, señor, vamos á cuentas, por Juan Centellas.—Semblanza de Julio Favre, por G. B.—Nise llorosa, por E. de Zafra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Cárdenas, por Juan de Alfarache.—Baza mayor quita menor [proverbio], por Juan Soldado.—Un cuento, por Tiqui-Tiqui.—Sartenazos.—Caricaturas, por Don Junípero.

#### Numero 47.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un viaje submarino... [continuación], por Juan de las Viñas.—Luz y sombra, por Juan Camama.—Me vuelvo al mar, por Juan de las Viñas.—Semblanza de Leon Gambeta, por Juan Diente.—Epístolas á "Juan Palomo" de Madrid, por Eusebio Blasco; de Nueva York, por John Bull; de Pto. Rico, por Juanito; de Pto. Príncipe, por Juan Lanás.—Sartenazos.—Caricaturas, por Don Junípero.

#### Numero 48.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Una página para la historia de Cubita libre, con notas, por la Redacción.—Otro boton se ha tragado! por Juan de las Viñas.—Piropos á un... mambí, por Juan Dandolo.—Semblanza de Mr. Thiers, por G. B.—En los natales de Emilia Caraboba de Vieja-Verde, por Juan de la Encina.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarra.—La partida de la muerte [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Fábulas, por Juan Sin-Miedo.—Sartenazos.—Advertencia.—Anuncios.—Caricaturas, por Don Junípero.

#### Numero 49.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Ecos carlistas, por Juan de Austria.—Leocadia y Emilia, por Juan de las Viñas.—Una fábula histórica, por Teodoro Guerrero.—La partida de la muerte (continuación), por Juan Sin-Miedo.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de París, por Federico de la Vega; de Barcelona, por Serafi Pitarra; de Madrid, por Carlos Frontaura.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 50.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Una sesión de la Junta Cubana, por Juan de Austria.—El equinoccio, por Juan Diente.—Gibraltar, por Federico Bello Chacon.—Pequeñas causas, por Juan Dandolo.—Semblanza de Víctor Hugo, por G. B.—La era cristiana, por Juan Camama.—La partida de la muerte (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 51.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Cavilositades, por Juan de Austria.—Yo quiero ser escritor, por F. de Ormaechea.—Semblanza de Juan Nicolás Dreyse, por Juan Centellas.—La partida de la muerte (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Barcelona, por Serafi Pitarra; de Puerto-Rico, por Juanito.—El ojo de la llave, por Ramon de Campoamor.—Sartenazos.—Anuncio.—Caricaturas, por D. Junípero.

#### Numero 52.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—¡Intrín-gulis! por Juan de Austria.—Todo un hombre, por Juan de las Viñas.—Abnegación y recompensa, por Juan Centellas.—Semblanza de Emilio Girardin, por G. B.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva York, por John Bull; de Puerto-Príncipe, por Juan Lanás.—A la estrella de... Yara, por Juan Aseca.—La pilarica, por Juan Soldado.—La partida de la muerte (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Caricaturas, por D. Junípero.